

Con lo retumbante suele venir á juntarse lo pueril, achaque de que adolece mucho CIENFUEGOS. Es de esto ejemplo la, aunque tal vez oportuna, un poco trivial reflexion en el momento de caer mortalmente herida una persona que quizá habrá para ella cura:

Llevadla: á sus heridas por ventura  
Remedio se hallará, etc.,

dice Boabdil cuando ve traspasada de una puñalada á Zoraida, y otro tanto dice no sé qué personaje, en igual situacion, en el *Idomeno*.

Injusto sería criticar duramente la comedia de *Las hermanas generosas*, mero juguete, y no más. Lo que imposibilitaba á CIENFUEGOS ser buen trágico, no le facilitaba ser buen cómico.

Y con tantos olvidos en la práctica de las reglas verdaderas del buen gusto, CIENFUEGOS era de saber nada escaso. Entró en batalla con *Capmany* sobre un punto relativo al lenguaje, y entró (en concepto de quien este artículo escribe) defendiendo una mala causa, cual era la legitimidad de la voz *detalle*; pero, si no llevó lo mejor en la pelea, se mostró en ella superior en ingenio y saber á su contrario. El elogio del Marqués de Santa Cruz, con todas las faltas de *Thomas*, copiadas y abultadas, pero no falto ni escaso de gala y primores de la mejor clase, así como no pocos artículos del *Mercurio*, dan honroso testimonio de su ciencia.

De su honradez, de su entereza, de su pasion viva á la virtud, le dan igualmente todos sus escritos. Alguna vez se deja llevar de pasiones, que si parecen de mal origen ahora, nacen de buena fuente cuando brotaron y se mostraron. La oda en alabanza de un carpintero es equivocada en su concepto general y en su fin, pero en la corte de Carlos IV, el hombre de bien y de afectos vehementes veía las cosas muy de otro modo que se ven en el presente momento; de cerca ciertos vicios feos, de lejos ciertas espléndidas maldades, mezcladas con heroicas virtudes. Alfieri, arrebatado é injusto, cobró odio á los pequeños despues de encontrarlos no mejores que los grandes; yerro grave, así como lo es buscar y creer haber descubierto la sublimidad sólo en la honradez humilde.

Lo noble de los pensamientos y lo bueno de los afectos, que, si no son vivos á causa de cierta natural frialdad, quieren serlo, no son las únicas prendas de CIENFUEGOS. Las tiene poéticas puramente, si bien aparecen desparramadas en sus obras y revueltas con los defectos que las deslustran; siendo la extrañeza en él á veces originalidad de aquella digna de ser alabada y hasta admirada, y soliendo acompañar el brío y novedad de la idea con iguales calidades de la frase. Hasta en *El Otoño*, en *La Primavera*, en el *Idilio de Palemon* se notan estas perfecciones, y en la *Elegía á un amigo sobre la muerte de su hermano* abundan, y en ninguna de las poesías del autor faltan.

Imposible es, hablando de CIENFUEGOS, aún como poeta, pasar en silencio los últimos hechos de su vida, de los cuales le sobrevino la muerte. Había sido admirador de la revolucion francesa y de Bonaparte, á quien cantó en una de sus odas. Llegó el caso de que fuese España traidoramente invadida por el Emperador frances, quien, como para abonar la maldad de su conducta, prometió regenerar al pueblo al cual insultaba; y la regeneracion prometida consistía en poner dominantes en el suelo español las ideas largo tiempo abogadas por CIENFUEGOS. Pero éste desestimó la dádiva, y vió sólo el daño que la acompañaba, la afrenta hecha á su patria, y el deseo de ésta de no tolerar tanto agravio. Prefirió, pues, la causa de la insurreccion, con todos sus inconvenientes y todas sus fealdades justa y noble, á la de la dependencia y humillacion, dorada como estaba. En esto le imitaron otros; siendo de notar que si bien hubo excepciones, la *plana mayor* de nuestra hueste liberal de entonces se fué con los levantados, á pesar de ver entre ellos á los frailes, al paso que la plana mayor de los literatos cortesanos trocó gustosa de yugo, tomando el ilustrado despotismo del usurpador de tan buena gana como aguantaba el de nuestros reyes.

En un artículo de la *Gaceta de Madrid*, en Mayo de 1808, recién derramada la sangre de las víctimas del memorable día 2 de aquel mes, estando pujante el vencedor, y durándole todavía la ira de la pelea entre la soberbia del triunfo, salió á luz un artículo, donde se hablaba del Rey á la sazón caído en la red y cautivo en Bayona, contándose haber sido proclamado en Leon con grande alborozo y muestras de amor extremado. Estaba CIENFUEGOS encargado de dirigir la *Gaceta*, y fué llamado, reprendido y hasta amenazado de muerte por *Murat*, sin que él desmintiese su entereza un solo punto. Perdonósele entonces; pero recién vuelto José Napoleon á Madrid, á fines de 1808, mandó salir para Francia preso al poeta, oficial de la secretaria de Estado, quizá por-

que se acreditaba con palabras de impenitente del pecado antiguo. Allí murió muy pronto, y allí está sepultado, no lejos de algunos otros hombres de mérito que siguieron la opuesta bandera. Su muerte le valió de otro poeta un epíteto, con el cual, por ser acertado, será tan conocido cuanto por sus poesías; siendo natural que al recordar su nombre se presente á la fantasia su imagen como

La inexorable sombra de CIENFUEGOS.

## POESÍAS.

### ADVERTENCIA

puesta al frente de la edicion hecha, de orden del Rey, en la imprenta Real, el año de 1816.

En 1798 publicó don Nicasio Álvarez de Cienfuegos sus poesías, dirigiéndolas á sus amigos con la siguiente epístola dedicatoria:

### Á MIS AMIGOS.

«¿Qué proteccion implorarán estos humildes versos, frutos queridos de mi alma y fiel expresion de su sensibilidad, de su ternura y de su melancolía? Sin otra pasion que la de amar, sin otra ambicion que la de ser amado, aquéllos solos serán mis Mecénas que puedan darme en cariño la única recompensa que deseo. ¿Quiénes serán éstos, sino los cariñosos compañeros de mi vida, los dueños absolutos de mi corazon, los que, sabedores de mis pensamientos, de mis inclinaciones, de mis afectos, de mis flaquezas y aún de mis vicios, me franquean reciprocamente sus almas para que lea yo en ellas su amistad y sus virtudes? ¡Oh descanso de mis penas, consuelo de mis aflicciones, remedio de mis necesidades, númenes tutelares de la felicidad de mi vida! ¡Oh amigos míos! ¿podría yo no daros un testimonio público de mi amor y de mi agradecimiento, cuando si alguna belleza moral hay en mis poesías, toda entera la he copiado de vuestros hermosos corazones? Su comercio íntimo me ha enseñado la indulgencia, la oficiosidad, la compasion, la franqueza, la veracidad, la ternura, la generosidad, el desprendimiento de sí mismo y tantas y tan preciosas virtudes como resplandecen eminentemente en vosotros, y que, incapaz de imitarlas, me contento con publicarlas con todo el entusiasmo de la admiracion y del reconocimiento. Recibid, pues, oh idolatrados amigos, en este pequeño tributo, el desahogo de un corazon hondamente penetrado de vuestra amistad; y más glorioso con ella que los Césares y los Alejandros con el imperio del mundo, me consideraré muy laureado si la posteridad dice algun día: Fué buen amigo — NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS.»

Esta primera edicion se acabó años há; y cuando el autor trataba de hacer otra muy mejorada, sobrevino la invasion de los franceses en España, á que se siguió la dolorosa usurpacion del trono de nuestro amado soberano, el señor don Fernando VII, y por consecuencia, la revolucion general que excitó en la península tan atroz perfidia. Hallábase á la sazón CIENFUEGOS en Madrid, de oficial de la primera secretaria de Estado, y desde luego dió á conocer su acendrada leal-

tad y patriotismo, que le acarrearon bien pronto la enemistad de los invasores. Así es que habiéndose publicado en la *Gaceta de Madrid*, cuya revision estaba á cargo de CIENFUEGOS, un artículo contrario á los designios del usurpador, fué llamado y reconvenido agriamente por Murat, á quien contestó con la noble entereza y dignidad que le caracterizaban. Desde entonces le juró aquel sanguinario déspota un odio irreconciliable, y á poco tiempo fué llevado á Francia, con otros patriotas, el virtuoso CIENFUEGOS, á pesar de sus grandes y manifiestos achaques. Las molestias y vejaciones padecidas en tan penoso viaje, la debilidad consiguiente á tantas fatigas, y más que todo, el amargo sentimiento de dejar á su patria oprimida y aherrojada por un detestable tirano, acabaron con este benemérito patriota y distinguido literato, que falleció, á pocos días de su llegada, en Ortez, á principios de Julio de 1809; quedando privada la nacion, por circunstancias tan tristes y extraordinarias, no sólo de la nueva edicion de sus poesías, sino de otras muchas obras que habia trabajado, y en que se ocupaba en los últimos años de su residencia en Madrid.

Para suplir de algun modo esta falta, y satisfacer el deseo del público en la reimpression de estas poesías, la imprenta Real adquirió por compra algunos manuscritos y apuntamientos originales del autor, y de ellos ha podido sacar algunas otras composiciones poéticas, que con la tragedia el *Pitaco* se han reunido en esta edicion á las publicadas anteriormente. Al mismo tiempo se ha suprimido, por encargo que dejó hecho el mismo autor, una oda con que en la primera edicion celebró al general Bonaparte cuando en una de sus campañas de Italia respetó el sepulcro y la memoria de Virgilio; habiéndose hecho indigno de aquel elogio con sus posteriores usurpaciones y violencias.

Para dar una idea exacta del mérito de estas poesías, sería necesario hacer un detenido análisis de ellas, lo cual no admiten los estrechos límites de un prólogo; y así, baste observar que, dotado el autor de una ardiente fantasia, y cultivada además su razon con buenos estudios, no podia ménos de hacerse un lugar distinguido en el Parnaso español, enriqueciéndole con nuevas y apreciables composiciones.

Muchas son, en efecto, las que eternizarán el nombre de Cienfuegos, y en las cuales ha sabido expresar con una diction verdaderamente poética y llena de energía los elevados sentimientos que le animaban. Éstos se distinguen particularmente en sus tragedias, donde si falta aquella secreta magia con que el elegante y afectuoso autor de la *Fedra* mueve poderosamente las pasiones y entenece el corazon humano, se encuentran no pocas

veces aquellos pensamientos sublimes y animado diálogo que inmortalizaron al autor del *Cinna*.

Si el público recibiese esta edición con el aprecio que la anterior, la imprenta Real procurará publicar en otro tomo algunas obras de elocuencia y filología, que tenía

escritas el autor, y señaladamente los *Sinónimos de la lengua castellana*, y varias observaciones muy apreciables sobre la gramática de ella, á cuyo estudio dedicó especialmente su aplicación en los últimos años de su vida.

### MI DESTINO.

En mi cunita pobre,  
Menesterozo niño,  
Entre inocentes sueños  
Posaba yo tranquilo,  
Cuando hácia mí, sin flechas,  
Amor risueño vino,  
Y en torno de él jugando  
Otros mil amorcitos.  
Al inflamado soplo  
Del anhelante estío,  
Yo, sudoroso y débil,  
Yacia enardecido.  
Amor lo ve, y al punto  
Me orea, compasivo,  
Sus alas agitando  
Con menear dormido.  
Me alzó despues, suave,  
A su regazo amigo,  
Y allí tocó dos veces  
Sus labios con los míos.  
Tras esto me cercaron  
Sus tiernos hermanitos;  
Todos me vieron, todos  
Me hicieron mil cariños.  
Y áun uno, el más gracioso,  
Mudado en cefrillo,  
Voló, y me dió tres besos  
Y se durmió conmigo.  
Despues, con blando acento,  
El de Cítères dijo:  
«Hagamos á porfia  
Feliz á aqueste niño,  
Que no siga, inhumano,  
En polvo y sangre tinto,  
Los bárbaros pendones  
De Marte vengativo;  
Ni por el oro infame  
Vaya en el frágil pino  
De mar en mar buscando  
Mortales precipicios;  
Ni en el templo de Témis  
Austero y pensativo  
Pese en fatal balanza  
Los premios y castigos.  
A mi feliz imperio  
Por siempre sometido,  
Sean tiernos amores  
Su perennal destino.  
Ea, dos de vosotros  
Derramen de continuo  
En su inocente pecho  
Ternuras y cariños.  
Amante aquél le forme,  
Este oficioso amigo,  
Y entre los dos le crie  
Humano y compasivo.»  
Dijo; y voló dejando  
Dos amores conmigo,  
Y tres con el gracioso  
Que se quedó dormido;  
El cual, de mí prendado,  
Jamás huírme quiso;  
Antes hizo en mi pecho  
Un delicioso nido,  
Y desde allí, ¡no sabes  
¡Oh tú, dueño querido!  
Lo que por siempre clama  
Con labio compasivo?  
Que ardiente á Filis ame  
Hasta el postrer suspiro;

Que es muy amable Filis,  
Y amar es mi destino.

### MIS TRASFORMACIONES.

¡Oh si á elegir los cielos  
Me diesen una gracia!  
Ni honores pediría,  
Ni montes de oro y plata,  
Ni ver el orbe entero  
Postrado ante mis plantas  
Despues de cien victorias  
Sangrientas é inhumanas.  
Ni, de laurel ceñido,  
Al templo de la fama  
Con una estéril ciencia  
Orgullosa me alzara.  
Gocen en tales dones  
Los que, infelices, aman  
Comprar con su reposo  
Los sueños de esperanzas.  
Yo, que mis días cuento  
Por mis amantes ansias,  
A mi placer pidiera  
Que mi sér se mudara.....  
Cuando mi bien al valle  
Desciende en la alborada,  
Allí al pasar me viera  
Rosita aljofarada;  
Rosita, que, modesta,  
Con suave fragancia  
Atrayendo, á sus manos  
Me diera sin picarla;  
Y luego allá en su pecho,  
¡Cuán gozosa y ufana  
La nieve de sus pomas  
Con mi ardor realzara!  
Despues.... despues ¡qué hiciera?  
Sombra fugaz y vana,  
Un sol no más sería  
Mi gloria y mi esperanza.  
Tan pasajeros gozos  
No, rosas, no me agradan,  
Adios, que al aire tiendo  
Mis rozagantes alas.  
Mariposilla alegre,  
Imágen de la infancia,  
En inquietud eterna  
Iré girando vaga.  
Bien como el iris bella,  
Frente á mi dulce Laura  
En un boton de rosa  
Me quedaré posada.  
Ella querrá cogermé,  
Y con callada planta  
Vendrá y huír, y traviesa  
La dejaré burlada.  
¡Y si el rocío moja  
Mis tiernecitas alas?  
Me sigue, soy perdida,  
Me prende y me maltrata.  
¡Si al ménos, espirando,  
Con trémulas palabras  
Pudiese venturoso  
Decirme: «Yo te amaba!»  
No; cefrillo suelto,  
Volaré á refrescarla  
Cuando el ardiente Agosto  
Las praderas abrasa.  
Ya enredaré, jugando,  
Sus trenzas ondeadas;

Ya besaré al descuido  
Sus mejillas de nácar.  
Ora en eternos giros  
Cercando su garganta,  
En sus hibleos labios  
Empaparé mis alas;  
O bien, si allá en la siesta  
Dormida en paz descansa,  
Yo soplaré en su frente  
Mis más suaves auras.  
Y cuando más se pierda  
Su fantasía vaga,  
Umbrátil sueñecito  
Me iré á ofrecer á su alma.  
¡Oh cuánta dulce imágen,  
Cuántas tiernas palabras  
Allí diré, que el labio  
Quiere decirle y calla!  
Más favorable acaso  
Que pienso yo, á mis ansias  
Sonreirá; ¡quién sabe  
Si mis cariños paga?  
¡Oh, si á mi amor eterno  
Correspondieses, Laura!  
Por todo el universo  
Mi dicha no trocará.  
Ídolo de mis ojos,  
Dices de toda mi alma,  
Pagárasme, y al punto  
Cesáran mis mudanzas.

### EL PRECIO DE UNA ROSA.

En todos sus rosales  
La madre primavera  
Jamás á rosa alguna  
Miró con más ternura.  
En mil graciosos rizados  
¡Cuán varia purpurá  
Sobre el regazo amante  
Del boton que la estrecha!  
¡Cómo en silencio suben,  
Desde el pié contrapuestas,  
Dos bien labradas hojas  
Y se mecen sobre ella!  
Una tal vez se dobla,  
Gira, y fugaz la besa;  
La otra lo ve cobarde,  
Y quiere y va y no llega.  
Ella, entre tanto, ríe  
Mil fragantes esencias,  
Y á su reír, ¡oh cuántos,  
Cuántos deseos vuelan!  
¡Oh rosa, honor del año!  
Tu singular belleza,  
¡Oh cuán feliz sería  
Si Filis te quisiera!  
Tómala, Filis, toma,  
Y déme en recompensa  
La dulce miel de un beso  
Tu boquita risueña.  
Ya vale más la rosa;  
No te la doy, no; suelta,  
Que el beso fué, y lozana  
Mi flor aquí se queda.  
Seis besos y otros tantos  
Me has de pagar por ella.  
Es poco, no; tú ignoras  
Los ayes que me cuesta.  
Fui, y al cortarla, impías  
Me hirieron dos abejas

De un numeroso enjambre  
Que á par giraba de ella.  
¿No ves cuán lastimada  
Está mi triste diestra?  
¡Ay Filis! si, mi rosa  
Precio mayor desea.  
Un beso ¡y qué es un beso?  
Quiere por cada abeja  
Del numeroso enjambre  
Que á par giraba de ella.

### LA DESPEDIDA.

Venid, venid piadosos,  
Y consolad mi pena,  
Los que el amor condena  
A mi crúel dolor.  
Oh vos, que habeis probado  
La ausencia un solo instante,  
Yo parto y soy amante;  
¡Me olvidará mi amor?  
A su belbad rendido,  
En ella embelesado,  
Amarla es mi cuidado,  
Servirla es mi loor.  
En su contento vivo,  
Su desplacer me mata;  
Decid, ¡habrá una ingrata  
Que olvide tanto amor?  
Yo, mariposa amante  
Que en pos de Náis volaba,  
Y ante ella así me holgaba  
Cual abejita en flor,  
¡Podré vivir sin verla?  
Partir es ley forzosa;  
¡Ay triste! ¡si alevosa  
Olvidará mi amor?  
En soledad y luto,  
Ya léjos de mi amante,  
Doquier veré delante  
Su sombra y mi temor.  
Cual si mi voz oyera,  
Con suspirar doliente  
Preguntaré á mi ausente:  
¡Olvidarás mi amor?  
En mi ilusión perdido  
Tal vez en tiernos lazos,  
La estrecharé en mis brazos,  
Y abrazaré mi error.  
Deshecha en aire vano  
Huirá Náis, y afligido  
Diré: ¡Si ya en olvido  
Tornó la infiel mi amor?  
Bien como flor que el cáliz  
Cierra en la noche fria,  
Y hasta asomar el día  
No torna á su esplendor;  
Yo así, tu luz perdiendo,  
Me encerraré en el llanto;  
Y tú, ¡quién sabe en tanto  
Si olvidarás mi amor?  
Que mil y mil hermosa  
Te irán doquier diciendo,  
Con la verdad mintiendo  
Para engañar mejor;  
¡Ay! en aquel instante  
Que loan tu hermosura,  
Dicen que tú, perjura,  
Olvidarás mi amor.  
«¡Oh pobre Náis! alguno  
Te clamará, malvado:  
Tú lloras á tu amado,  
Y él te olvidó traidor.  
Que allá en pensiles nuevos  
Versátil mariposa,  
Por ir tras nueva rosa  
Dejó perder tu amor.»  
No creas; miente, miente  
Su lengua engañadora;  
Muda de color mil veces;  
Te deja mi dolor,

### POESÍAS.

¡Adios, adios! es fuerza;  
¡Adios! Tal vez llorosa  
Dí, como yo celosa:  
¡Olvidará mi amor?

### LA DESCONFIANZA.

Las rosas que, ya marchitas,  
De tí con desden alejas,  
La aurora me vió cortarlas,  
Y hermosas jóvenes eran.  
Vivieron; fué para siempre  
Su honor y antigua belleza.  
¡Ay, todo cual sombra pasa,  
Y el sér á la nada lleva!  
Vendrá el Agosto abrasado  
Ahogando flores; y muertas  
Sus hojas, á otras regiones  
Volará la primavera.  
En pos del maduro otoño,  
Mostrando su faz risueña,  
Hará que el lánguido estío  
Bajo sus pámpanos muera.  
Mas el aguilon, bramando,  
Se arrojará de las sierras,  
Y lanzando estéril hielo,  
Cubrirá de horror la tierra.  
Así la lóbrega noche  
Sucede á la luz febea,  
Las risas á los lamentos,  
Y á los placeres las penas.  
Es el universo entero  
Una inconstancia perpétua;  
Se muda todo, no hay nada  
Que firme y estable sea.  
Y en medio á tantos ejemplos,  
Que triste mudanza enseñan,  
¡Ay Filis! ¡tu pecho solo  
Tendrá en amarme firmeza?

### EL AMANTE DESDEÑADO.

A par del risueño Tórmes,  
En una anchurosa vega,  
Abril, derramando flores,  
Galan y amoroso reina.  
Con aire gallardo suben,  
En brazos de amantes hiedras,  
Gigantes olmos, tejiendo  
Ramadas de sombra eterna.  
¡Oh cómo al són de sus hojas  
Gime la tórtola tierna,  
Y el ruiseñor á su arrullo  
Entristecido se queja!  
¡Ay, que su dulce quejido  
El corazón atraviesa  
Del triste Damon, que llora  
Tendido en la dura tierra!  
Nunca zagal por los montes  
Guió las mansas ovejas,  
Que le igualara en las gracias  
Ni aventajase en las fuerzas.  
Mil veces y mil dichoso  
Si por aquestas riberas  
No pasease Florinda  
Su desdofiosa belleza.  
Mil atractivos ocultos  
Exhala su faz modesta  
Sin cesar, y allá en sus ojos  
Está amor lanzando flechas.  
Toda es gentileza y gala,  
Y afable á un tiempo y soberbia,  
Rebosa gracias y amores,  
Amores y gracias nuevas.  
El amante desdeñado  
La vió asomar por la sierra,  
Y mira cuál va en rodeos  
Bajando tras sus corderas.  
Huirla quiere y no acierta;

Teme, y su temor acusa,  
Y desesperanzado espera.  
La mira, y la incierta vista  
Enojado aparta de ella;  
No quiere, y torna á mirarla,  
Y su loco amor condena.  
Por tres veces á llamarla  
Se resuelve, y las tres mismas,  
Al ir á decir su nombre,  
El llanto trabó su lengua.  
Cansado de tanta lucha,  
Al pié de un roble se sienta,  
Y entre sollozos amargos  
Así comenzó sus quejas:  
«¡No era bastante ¡oh Florinda!  
A tu bárbara soberbia  
Verse de tantos despojos  
Allá en el Tajo cubierta?  
¡En qué te ofendieron nunca  
Estas miserables riberas,  
Para que crúel vinieses  
Sembrando llantos y penas?  
Tranquila paz respiraban  
Nuestras inocentes selvas;  
¡Mal haya el aciago instante  
En que te acordaste de ellas!  
Viniste tú, y han huído  
De aquí por la vez primera  
La paz, las risas, el gusto,  
El candor y la inocencia.  
Lamentos es todo el valle;  
La fe perdida, se quejan  
De su amante la zagala,  
De su pastor las ovejas.  
Dígame yo, que al mirarte  
Abandoné á Galatea,  
Que dejó por mí los pastos,  
Donde vió la luz primera.  
Infel la olvida mi pecho,  
Por más que en su amor se esfuerza;  
Y á tí forzado te adora,  
Y aborreceste quisiera.  
¡Acaso te han merecido  
Mis dolorosas tristezas,  
Ni el favor de una mirada,  
Ni un ¡ay! de piedad siquiera?  
Ayer te ofrecí en el baile  
Un ruiseñor con su hembra,  
Y crúel mi dón arrojas,  
Y huyes del baile y la vega.  
Pastoras, zagales, todos  
Rieron en mi vergüenza,  
Y por mayor desventura,  
Rió tambien Galatea.»  
Aquí llegaba el amante,  
Cuando la zagala fiera  
Se volvió por donde vino,  
Cansada ya de sus quejas.  
El con la vista la sigue,  
Y solo ya con sus penas,  
¡Qué puede hacer? ¡infelice!  
Llorando sus ansias templa.

### LOS AMANTES ENOJADOS.

Arrebolada la aurora  
Miraba desde su carro  
En los cristales del Tórmes  
Al Otea arrebatado.  
En el cáliz de las rosas  
Oyendo al céfiro blando,  
Niño el Abril asomaba,  
De rocío coronado.  
El ruiseñor querellante,  
De rama en rama saltando,  
Salve, le dice, y gorjea,  
Y son amores sus cantos.  
Tal vez los roba el estruendo  
Con que baja entre peñas  
Un arroyuelo travieso,  
De roca en roca jugando,

Cae en el Tórmes, que gira,  
Y en orbes siempre más anchos  
Anuncia á su reino el triunfo  
De su nuevo tributario.  
Todo lo miran de lejos,  
Allá en los picos más altos  
Colgadas, unas cabrillas,  
De Filis pobre rebaño;  
De Filis, zagala hermosa,  
Del Tórmes honor y encanto,  
En cuyo semblante unidos  
Reinan modestia y agrado.  
Sus negros lánguidos ojos  
Melancólicos girando,  
No hay corazón que no rinda,  
Y sin jamás intentarlo,  
Sobre la mullida alfombra  
De tréboles y amarantos  
Yace pensativa y triste,  
La sien posada en la mano.  
Lejos allá por el suelo  
Yace el rabel y el cayado;  
Y sin tutelares silbos  
Vaga sin ley el ganado.  
Ni ya se engalana Filis,  
Ni teje para su amado  
Frescas guirnaldas, ni canta  
Sus amorosos cuidados.  
En vano el Abril florido  
Rie á la zagala; en vano  
Su amor oficioso imploran  
Las cabras tristes balando;  
Todo es perdido, no escucha;  
Sus ojos no ven, sus labios  
Callan; para todo ha muerto,  
Y sólo vive en su llanto.  
¿Qué penas su pecho afligen?  
Amor, amor! ¿cuán tirano  
Vendes tu favor! Su amante  
Rompió con ella, enojado;  
Tres días há que, enemigos,  
Buscan diferentes pastos.  
Filis ya cede: ¡es tan duro  
Fingir desvíos amando!  
Ya de la cumbre de un cerro  
Damon, el pastor gallardo,  
Desciende en pos de sus cabras,  
El cáñamo restallando.  
A encontrarle vino Filis,  
Y al verle se alza temblando;  
Quisiera esperarle, y huye,  
Perdida en mil sobresaltos.  
De haberle amado se duele,  
Y nunca su amor fué tanto.  
Se culpa del rompimiento,  
Y es el pastor el culpado.  
Al fin se atreve, y resuelta  
Va con silenciosos pasos  
Hacia Damon, que la observa,  
Y se hace dormido el falso.  
Llega; le mira, imprudente  
Quiere arrojarse en sus brazos,  
Y va; pero tiene, pára,  
Y rompe en amargo llanto.  
Pasó aquel tiempo en que Filis,  
Oculto, la voz mudando,  
Llamaba á Damon dormido,  
Y reía de su engaño.  
¿Cuántos inocentes juegos,  
Cuántos mimosos halagos,  
Fruto de mejores días,  
En su alma allí despertaron!  
Hoy son tormentos crueles  
Y los redobla Melampo,  
Que sobre el pecho de Filis  
Sienta las callosas manos.  
Este es el can vigilante  
Que, guía leal del amo,  
A la zagala anunciaba  
La venida de su amado.  
Siente, cuitadilla, siente,  
Llora tu misero estado;

Que yo también, compasivo,  
Tus lágrimas acompaño.  
No temas que tus lamentos,  
En los cóncavos sonando,  
Llamen al pastor dormido  
De su profundo letargo.  
El vela y oye tus lloros  
Y arde en tu amor..... ¡cielo santo!  
Ella se arroja, atrevida,  
De su Damon en los brazos.  
El vuelve y alza y la mira,  
Y en ira y amor luchando.....  
¡Amor, amor! ¿quién resiste  
A tu omnipotente brazo?  
Se enlazan los dos amantes,  
Y en mil besos regalados  
Perdones tiernos se piden  
Y se aman más que se amaron.

## EL PROPÓSITO.

¡Salve, mi querido albergue!  
¡Salve, mansion solitaria,  
Nido feliz, do las Musas  
El gozo y la paz me guardan,  
Que en fin á tu dulce abrigo  
Torno otra vez! ¿Cuántas ansias  
Probó enajenado el pecho,  
Que jamás en tí probára!  
El amor..... ¿Qué no ha perdido  
El amor? ¡Ah! todo es tramas,  
Todo falsedad y engaños,  
Todo doblez é inconstancia.  
Me habló, le creí, le sigo,  
Y ¡ay! que al dolor me guiaba.  
¡Crédulo yo! ¿Qué valieron  
Mis experiencias pasadas?  
¿Fue acaso la vez primera  
Que, al mar del amor lanzada,  
Sólo naufragios terribles  
Halló mi perdida barca?  
Me acuerdo que en otro tiempo,  
Saliendo de una borrasca,  
«Adios para siempre», dije  
A las fluctuantes aguas.  
«Mi chocita, mi inocencia  
Y mis amigos me bastan.  
No más amor, que las hembras  
Todas son unas, y engañan.»  
Esto decía, y ya entonces  
De lejos me preparaba  
El amor en nuevos lezos  
Nuevas y nuevas desgracias;  
Le vi, resistí, no pude.....  
¡Es tan tiernecita mi alma!  
Jura no amar cada día,  
Y cada día más ama.  
Fui débil, cedi; ¿qué mucho,  
Si contra mí guerreaban  
Mi gratitud, mi ternura  
Y las lágrimas de Laura?  
Vióme sensible, y al punto  
Sus elocuentes miradas  
«Amor, amor» me dijeron,  
Y yo las via y callaba.  
Doquier de mi faz pendiente  
Su sonreír, sus palabras,  
Su seriedad, su silencio  
En todo, y toda me amaba.  
Yo en su pesar me afligia;  
Pero, inflexible, exclamaba:  
«No más amor; que las hembras  
Todas son unas, y engañan.»  
Mil y mil lágrimas tristes  
La vi ocultar con sus palmas,  
Y escuché mil sordos ayes  
Espirar en su garganta.  
No sé; pero triste imagen  
De un dolor sin esperanza,  
Parece que me decía:  
«Yo moriré y tú me matas.

¡Eres piadoso y permites  
Que á tu rigor me deshaga,  
Bien como al hielo del cierzo  
La amable rosa temprana?»  
¡Hay resistencia que dure  
Al eco de estas palabras?  
Téngala allá quien no albergue  
Mis compasivas entrañas.  
¿Yo resistir? ¡ah! ¡perezca  
Quien duro el oído aparta  
De los dolorosos ayes  
Que él mismo tal vez arranca!  
No soy así; yo no puedo  
Ver padecer, y trocará  
Por las desdichas ajenas  
Mis placeres y esperanzas.  
Respira, infeliz amante;  
Enjuga tus llantos, Laura;  
Yo te amo; ¡y adios de nuevo,  
Propósitos y palabras!  
Al fin la amé, y en el punto  
Que yo mi fe la juraba,  
Con otro amante en silencio  
Ella, cautelosa y falsa.....  
¡Gran Dios! y ¿por qué la tierra  
Sufre tan pérdidas almas?  
¡Oh, salve, chocita mía!  
De tí mi aflicción se ampara.  
¡Oh, salve, salve mil veces!  
A tu silenciosa calma  
Torno al fin, y para siempre  
Al amor daré la espalda.  
¡Oh libros! ¡oh amigos dulces,  
En que mis penas descansan!  
Fuera de vos, ya la tierra  
Es para mis ojos nada.  
Ya no hay verdad en el mundo,  
Ni fe, ni amor..... ¡Laura, Laura!  
¡Así de un pecho sencillo  
El fiel cariño se paga?  
En vano, en vano confusa,  
En llanto cruel ahogada,  
Me buscarás, implorando  
Con voz humilde mi gracia.  
Si débil fui, ya soy firme,  
Impío, cruel; ¡oh Laura!  
Mucho te amé..... ¡Si á lo ménos  
Alguna disculpa hallaras!  
Yo te ayudaré; adornece  
Mis justas desconfianzas.  
Desilúbrame, y te perdono,  
Y te amaré cual te amaba.  
¿Qué digo, infeliz? ¿Es ésta  
Mi entereza y mi constancia?  
Huyamos: albergue mio,  
Apaga oficioso, apaga  
El fuego en que ardo, y responde,  
Si viene á turbarme Laura:  
«No más amor; que las hembras  
Todas son unas, y engañan.»

## LA VIOLACION DEL PROPÓSITO.

En vano, en vano rabioso  
Las duras cadenas muerdo  
Que amor, déspota inhumano,  
Ató á mi rebelde cuello.  
¿Qué vale que por romperlas  
Sude en afanoso esfuerzo,  
Si á cada triste conato  
Un eslabon les aumento?  
¿Dó estás, propósito mio?  
¿Dó estás, adios postrimero  
Que ayer al amor y á Laura  
Dije con brioso aliento?  
¡Así la voz imperiosa  
De mis vengativos celos  
Enmudeció, y sólo ahora  
Habla el amor en mi pecho?  
¡Ay, que jamás tan tirano  
Me subyugó! Todo entero

Con toda su ardiente llama  
Va por mis venas corriendo.  
Palpito, tiemblo, mis ojos  
Lágrimas brotan de fuego,  
Y mil fugitivos ayes  
Abrasan mis labios secos.  
Yo me ardo, yo me ardo; Laura,  
Laura, aquí estás, yo te veo;  
Eres tú misma; á tus plantas  
Imploro tu amor de nuevo.  
Idolo mio, perdona:  
Si pude, en injustos celos,  
Dejarte, ya arrepentido,  
A ser tu esclavo me vuelvo.  
Ni jamás, aunque quisiera,  
Podría dejar de serlo.  
¿Qué fuera de mí sin Laura,  
Si sólo por ella aliento?  
Mi vida, mi sér, mi todo,  
¡Oh Laura!..... mi entendimiento,  
Mi corazón, mis sentidos;  
Todo en tí sola lo veo.  
¡Adios, pasiones que un día  
Fuisteis mi dulce embeleso!  
Sed de saber, musas, gloria,  
Ya para mí todo ha muerto.  
Laura no más, Laura, Laura  
Es mi pasión, mi universo.  
¡Oh, viva con ella siempre,  
Y muera con ella á un tiempo!

## EL CAYADO.

Al ir tendiendo los montes  
Sus más alargadas sombras,  
Un ancho valle midiendo,  
Que en paz Manzanares corta;  
Cuando las dormidas flores,  
De Abril á la voz, hermosas  
Dispiertan, su cárcel rompen  
Y con timidez asoman,  
El anciano Palemon,  
Dejando la humilde choza,  
Un siglo entero pasea  
Por la verde y fresca alfombra.  
¿Cuál brilla su augusta calva  
A par del sol que la dora!  
Y no es el sol más hermoso  
Que la vejez virtuosa.  
Dejad, cefirillos mansos,  
Dejad las selvas do mora  
Amor; que un hombre de bien  
Vuestros halagos provoca.  
Venid, venid orantes,  
Y las alitas de rosa  
Sacudiendo, á Palemon  
Seguid, cargados de aromas,  
Todo es silencio en el valle;  
No suena más que las ondas  
Del sesgo río, y de lejos  
La dulce voz de una alondra.  
Contemplando en unas flores  
Está Palemon; las toca,  
Las deja, torna á mirarlás,  
Las deja otra vez, y llora.  
«¡Así marchitas, decía,  
Las que al espirar la aurora  
La gala fueron del prado,  
La envidia de las hermosas!  
¡Oh tiempo, tiempo! á tus golpes  
Se rinde cuanto el sol dora:  
Ni el alto ciprés respeta,  
Ni la hiedra vil perdunas.  
Todo lo destruyes, todo,  
Hasta los montes y rocas.  
También fui jóven un día,  
Y anciano me ves ahora.  
Vendrá y hollará mañana  
Lo que ese sol no trastorna.....  
Yo vi esta pradera entonces,  
¡Oh Palemon! ¡oh memorias!

Siglos enteros cercada  
De mil pastoriles chozas.  
De paz, de amores y risas  
Morada fué deliciosa.  
Todo se acabó; á mí solo  
Conoce la vega ahora,  
Solo quedé por testigo  
De mudanzas dolorosas.  
Ya es paseo de la corte  
La que arboleada frondosa  
Me vió nacer. ¡Cuántas veces  
Me hospedó su fresca sombra!  
¡Cuántas pacíficas siestas  
De la estación ardorosa  
Me regaló en blando lecho  
De lirios, trébol y rosas!  
Aquel infeliz collado  
Que está sustentando ahora  
Ese jaspeado alcázar  
Donde un cortesano mora,  
En ménos aciagos días  
Escuchó mi voz sonora,  
Cuando guiaba las danzas  
De las ágiles pastoras.  
Desde su cumbre florida  
Bajaba con limpias ondas  
Un arroyuelo travieso,  
Mojando, al pasar, las rosas.  
Sentado en él una tarde,  
Di un colorín á mi esposa:  
¡Ay años abrilés míos!  
Espiraron ya mis glorias.  
Mudanzas tristes reparo  
Doquier la vista se torna;  
Todo ya me desconoce  
Y en mi vejez me abandona.  
Fresno inmutable, tú solo  
Allá, en antiguas memorias,  
Prestas á mi afán alivio  
Y en mi soledad me gozas.  
Tú me recuerdas un padre  
Que bajo tu inmensa copa  
En mi pecho las virtudes  
Vertía desde su boca.  
También descubrir me oiste  
Mi ardiente amor á mi esposa;  
Y en las estivales siestas  
Frescor me guardó tu sombra.  
¡Salve, piadoso arbolito!  
¡Mil veces salve y mil otras!  
¡Cariño mio por siempre!  
¡Mi única esperanza ahora!  
En tí está la vega antigua,  
Mis padres, mi dulce esposa,  
Mis inocentes niñeces  
Y mi juventud fogosa.  
¿Cuál me viste en otros tiempos,  
Cuando en la edad de mis glorias  
Era el primero en la lucha,  
En el salto y en la honda!  
Pasó mi honor; todo muere.  
¡Cuán otro de aquél, ahora  
Trémulo me ves, cediendo  
A los años que me agobian!  
Así es mi frente, cual sierra,  
Allá, en Diciembre, nevosa;  
Y las ya cansadas plantas  
Flaquean y me abandonan.  
Fresno de mi amor, tus ramas  
Hacia mí benigno dobla;  
Dame un baston, ó rendido,  
Volver no podré á mi choza.  
Con solo un triste cayado  
Mi tierno amor galardonas.  
Yo te servi con el riego,  
Y es mía toda tu pompa.  
¡Bendito seas, mi fresno!  
Que ya una rama piadosa  
Me alargas. ¡Qué buen cayado,  
Palemon, tendrás ahora!  
Arbol ingrato, ¿en la tierra  
Me haces caer? ¿En mal hora

Beba tu raíz el jugo,  
Y el sol caliente tus hojas!  
¡Segunda vez, por dañarme,  
A inclinar tus brazos tornas!  
¡Ay, que una rama he cortado!  
¡Ay, que me verá mi choza  
Entrar con cayado! ¡Oh fresco,  
Haga el cielo que tu pompa  
Dure por eternos siglos,  
Y cada vez más hermosa!  
¡Jamás de Aquilon te opriman  
Las furias tempestuosas,  
Ni el rayo ardiente del cielo  
Ofenda impío tu copa!  
Cuando la nieve entristezca  
Las soledades selvosas,  
En tu follaje enredada  
Pose primavera hermosa;  
Y cuando Agosto inflama lo  
Marchite las verdes hojas,  
Cuelgue el Abril en las tuyas  
La cuna feliz de Flora.  
Amigo fresco, la muerte,  
Que á nadie jamás perdona,  
Porque el morir es forzoso,  
Se acerca á mí presurosa.  
¡Plegue, cuando al fin llegáre,  
Que por mi postrera gloria  
Mis huesos algún piadoso  
Al pié de tu tronco ponga!»  
Dijo y lloró; y apoyado  
Volvió el pastor á su choza:  
Dió el sol el postrer suspiro  
Y se tendieron las sombras.

## EL FIN DEL OTOÑO.

¿Adónde, rápidos, fueron,  
Benéfica primavera,  
Tus cariñosos verdores  
Y tus auras placenteras?  
¿Dó están los amables días  
Cuando á la aurora risueña  
De tus cálices rosados  
Tributabas mil esencias?  
¿Dó los pomposos follajes  
Que oyeron las cantilenas  
Del ruiseñor, en las noches,  
Llenando de amor las selvas?  
¿Dó estás, juventud del año?  
Perdióse en la ardiente fuerza  
De Agosto, murió el estío,  
Y ahora Noviembre reina.  
Noviembre, que despojando  
Los bosques y las praderías,  
Con amarillos matices  
Las galas de Abril afea.  
¿Cuál de los vientos al soplo  
Para siempre caen en tierra  
Las hojas al pié del tilo  
Que vió su antigua belleza,  
Y sus maternas ramas,  
En soledad lastimera,  
Los rigores del invierno  
Desconsoladas esperan!  
Del invierno, que dejand  
Sus escarchadas cavernas,  
Ya se adelanta, seguido  
De borrascosas tormentas.  
¡Adios, albergues queridos  
De las aves balagüañas,  
Nidos de amor y teatros  
De maternales ternezas!  
Ya no abrigaréis piadosos  
La desnuda descendencia  
Del colorín, ni mi oído  
Regalarán sus querellas.  
¡Oh cuán diferentes cantos  
Ahora doquier resuenan!  
Que entre orfandades la muerte  
Su carro aciago pasea.

¡Cuántas virtudes oprimen  
Sus inexorables ruedas!  
¡Cuánta esperanza sepultan  
Y cuánto amor atropellan!  
Ni la juventud perdonan  
Ni el himeneo respetan.  
¡Oh Filis, Filis! ¿quién sabe  
Si ya en nuestro mal se acercan?  
Nuestras niñeces volaron,  
Y en pos las flores primeras  
De la juventud. ¡Ay triste!  
A nuestros días ¿qué resta?  
En ellos ya desde léjos  
Asoma, de canas llena,  
La ancianidad dolorosa,  
El desamor y tristeza.  
Amemos, amemos, Filis;  
Mira que rápidos llegan,  
Que ya este otoño es memoria,  
Y el tiempo destruye y vuela.

## EL TÚMULO.

¡No ves, mi amor, entre el monte  
Y aquella sonora fuente  
Un solitario sepulcro,  
Sombreado de cipreses?  
¡Y no ves que en torno vuelan,  
Desarmados y dolientes,  
Mil amorcitos, guiados  
Por el hijo de Citeres?  
Pues en paz allí cerradas  
Descansan ya para siempre  
Las silenciosas cenizas  
De dos que se amaron fieles.  
Éramos niños nosotros,  
Cuando Palemon y Astérie  
Llenaron estas comarcas  
De sus cariños ardientes;  
No hay olmo que en su corteza  
Pruebas de su amor no muestre;  
«Palemon», los unos dicen,  
Los otros claman «Astérie.»  
Sus amorosas canciones  
Todo zagal las aprende;  
No hay valle do no se canten,  
Ni monte do no resuenen.  
Llegó su vejez, y hallólos  
En paz y amándose siempre.  
Y amáronse y espiraron;  
Pero su amor permanece.  
¡Te acuerdas, Filis, que un día,  
Simplecillos é inocentes,  
Los oímos requebrarse  
Detras de aquellos laureles?  
¡Cuántas caricias manaban  
Sus labios! ¡Cuántos placeres!  
¡Cuánta eternidad de amores  
Juraba su pecho ardiente!  
Al verlos, ¿te acuerdas, Filis,  
O tan preciosas niñeces  
Volaron, que me dijiste,  
Deshojando unos claveles:  
Yo quiero amar; en creciendo,  
Serás Palemon, yo Astérie,  
Y juráramos, cual ellos,  
Amarlos hasta la muerte?  
Mi Filis, mi bien, ¿qué esperas?  
El tiempo de amar es éste;  
Los días rápidos huyen,  
Y la juventud no vuelve.  
No tardes, van al sepulcro  
Donde los pastores duermen,  
Y, á su ejemplo, en él juremos  
Amarlos eternamente.

## TRADUCCION

de las odas I, II, III y IV de Anacreon.

## I.

Loar quisiera á Cadmo,  
Cantar quisiera á Atridas;  
Mas sólo amores suenan  
Las cuerdas de mi lira.  
Otra me dad, y cante  
De Alcides las fatigas;  
Pero tambien responde  
Amor, amor la lira.  
Héroes, adios; es fuerza  
Que un vale eterno os diga.  
¿Qué puedo hacer, si amores  
Canta, y no más, mi lira?

## II.

Armó natura al toro  
Con la enastada frente,  
Y al caballo con plantas  
Que atrás, furioso, vuelve.  
La cavernosa boca  
Sembró al leon de dientes,  
Y la veloz carrera  
Dió á la prófuga liebre.  
Alas prestó á las aves,  
Dió el nadar á los peces,  
La sensatez al hombre,  
¿Y olvidó á las mujeres?  
No; ¿qué les dió? belleza,  
Arma la más potente.  
¡Ah, cedan hierro y fuego  
A la que hermosa fuere!

## III.

En medio de la noche,  
Cuando parece el carro  
Donde ostentó Bootes  
Sus ya cubiertos rayos;  
Cuando al mortal cerraba  
Los ojos el cansancio,  
De pronto amor parece,  
Mis puertas golpeando.  
«¿Quién de mi sueño, dije,  
Turba el feliz descanso?»  
Y respondió: «No temas,  
Abre, soy un muchacho;  
Por compasion me hospeda;  
Que llueve, estoy helado,  
Y en deslunada noche  
Solo y perdido vago.»  
Me lastimé de oírle,  
Y voy, y enciendo, y abro,  
Y un niño vi con alas,  
Con aljaba y con arco.  
Le siento á par del fuego,  
Y caliente sus manos  
Con mis palmas, y enjugo  
Su pelito mojado.  
Al fin se cobra, y dice:  
«Trae, probaré del arco  
La cuerda; que esta lluvia  
¡Cuál me la habrá parado!»  
La estira, y cual serpiente  
Que pica y vuelve insanos,  
Me hiere toda el alma,  
Mi pecho traspassando.  
«Vengan albricias, huésped,  
Grita riendo; el arco  
Ileso está; tu pecho  
No quedará tan sano.»

## IV.

De los frondosos lotos  
Á la sombra tendido,  
Quiero beber oyendo  
El són del móvil mirto.  
La túnica prendida  
Sobre el hombro, Cupido  
En un rústico vaso  
Me sirva el dulce vino.  
Cual disparado carro  
Marcha el tiempo, que impío  
Nos deshace, mudando  
La vida en polvo frio.  
¿Y qué valdrá que entónces  
Riegues con leche y vino  
Y ornes con vanidades  
Mi sepulcral olvido?  
Ahora, miéntas siento,  
Vierte esencias, amigo;  
Tráeme una hermosa, y cíñe  
Mi sien de rosa y lirios;  
Pues ántes que me pierda  
En mi postrer suspiro,  
Quiero gozar; id léjos,  
Cuidados pensativos.

## EL ROMPIMIENTO.

¡Será, será que osada  
¡Oh Filis inconstante!  
Quiéras aún señorear, cual diosa,  
Mi mente avasallada?  
Y yo, cual tierno infante  
Que, desvalido, en su nutriz reposa,  
Y ella es su amor primero,  
Toda su dicha, su universo entero,  
¿Cifraré mi ventura  
En pender de tu pérfida hermosura?  
En el silencio frio  
De la noche callada,  
Al rayo incierto de la opaca luna,  
Yo vi, yo vi á ese impío;  
Te vi, te vi abrazada  
Con ese amante de mejor fortuna;  
Tu acento fementido  
Lleno de agravios resonó en mi oido,  
Cuando, infiel, prometias  
La fe que me juraste en otros dias.  
Tú, que en su amor ahora  
Gozas, ¡oh mi enemigo!  
¡Ay! breve, breve llegará el momento  
Que en esa engañadora  
Llores. Tambien testigo  
Fué ese jardin de mi feliz contento,  
Y murió en tus abrazos.  
Húyela, que te miente, huye sus bra-  
De otra vez te fia; [zos;  
No te ama Filis, no; que toda es mia.  
Es mia; yo la amaba,  
Yo la amo aún inconstante....  
No la amo, la aborrezco.... ¡La ale-  
¡La pérfida! Engañaba [vosa!  
Al más sincero amante.  
Tanta promesa y esperanza hermosa,  
Filis, ¿dó están? ¿qué has hecho  
De tanta fe como juró tu pecho  
Cuando amarme ofrecia  
¡Críel, críel! hasta el postrero dia?  
¿Por qué entónces callabas  
Los agudos pesares  
Que me guardaba tu querer tirano?  
¿Sacrilega esperabas  
Profanar los altares  
Cubriendo tu deshonra con mi mano?  
Jamás la augusta pompa  
Rió en mi fantasía. Rompa, rompa  
La funeral cadena  
Que á tus bárbaras leyes me condena,  
Caiga, caiga deshecho  
El ídolo engañoso

Que ante sus plantas me miró abatido.  
Arroje ya mi pecho  
Error tan ponzoñoso,  
Y que odio sea cuanto amor ha sido.  
¡Oh si feliz tornára  
El tiempo que voló! Jamás manchára  
Ese monstruo sangriento  
Ni áun mis oidos con su torpe aliento.  
¡Bárbara! ¿Mereciste  
Verte jamas señora  
Del corazon que te entregué, rendido?  
Tú misma lo dijiste;  
Que en cuanto Febo dora  
Nadie supo querer cual yo he querido.  
Y ¿cuál paga me has dado?  
¡Ay! ¡Si me hubieras á la par amado  
De mi pasion fogosa!  
¡Si me amaras aún, ingrata hermosa!  
Huye, esperanza vana;  
Huid, muertos amores:  
Filis, eterno adios. Cuando mirares  
Esa beldad tirana  
Burlada de traidores;  
Cuando pruebes los bárbaros pesares  
Que á mí llorar me has hecho;  
Cuando herido de amor tu infame pecho  
Sólo piedad implore  
Y eternamente ingratitudes lllore.  
Llegó, llegó el instante  
De mi fatal venganza.  
De soledad y desamores llena,  
Siempre verás delante  
Esta aciaga mudanza;  
Escucharás mi voz, que te condena,  
Y en cruel remordimiento,  
Al despedir el postrimer aliento,  
Ya tarde arrepentida,  
Temblarás de mi imágen ofendida.

Á GALATEA, QUE HUYÓ DE SU CASA  
POR SEGUIR Á UN AMANTE.

¡Huyes, ¡ay imprudente!  
De un ciego amor guiada,  
El dulce albergue maternal dejando?  
Cual alondra inocente,  
De su nido apartada,  
Que el reclamo de léjos escuchando,  
Hácia su par volando  
Torna, y en lazo fuerte  
Halla eterna prision ó dura muerte,  
¿Corres al que mintiendo, oh Galatea,  
Tristes cariños, tu baldon desea?  
De cada huella que imprimió tu planta  
Un odio y un pesar se te adelanta.  
Huye, y tu madre en tanto,  
Tu madre, ántes querida,  
Te busca en vano, y encontrarte espera.  
Te llama en hondo llanto,  
Y no es correspondida.  
Tal la oveja con misera carrera  
En pos va, lastimera,  
Del perdido cordero;  
Corre inquieta la vega, y el otero  
De mata en mata registrando atenta,  
A cada sombra sus dolores cuenta,  
Con acento tristísimo balando,  
En su favor á todos implorando.  
De temores cercada,  
¿Cuánto, cuánto recela!  
¿Qué perspectiva de dolor su mente  
Mira desesperada!  
Si tierna la consuela  
La voz de la amistad, un ¡ay! doliente  
Exhala, y solamente  
«Galatea» responde,  
«Galatea» no más, y huye, se esconde,  
Y silenciosa abriga su tormento,  
Fijo siempre en su hija el pensamiento.  
Pensando en ella la saluda el dia,  
Y la recibe así la noche fria,

En su lóbrego espanto,  
¡Oh si su voz oyeras  
Cuando el regazo maternal te llamal  
Ya la enmudece el llanto;  
Ya, cual si allí la huyeras,  
«Tente, tente, críel; ¡huyes? exclama,  
¿Huyes de quien más te ama?  
Tu madre soy; ¿por suerte  
Mi cariño infeliz pudo ofenderte,  
Que, endurecida á mis ansiosas quejas,  
¡Ay! tantos años de piedad dejas  
Por un monstruo, que odioso te arrebató?  
¡Oh Galatea, Galatea ingrata!  
»Yo, como el ave amante  
Que el pecho ensangrentando,  
A sus hijos en él nutre y anida,  
Desde el aciago instante  
Que te miré llorando  
Pasar de mis entrañas á la vida,  
En mi pecho acogida  
Te di, te di sustento,  
Te di todo mi amor, sangre y aliento,  
Y, pendiente de tí, siempre vivia  
En tu vivir, en que gozosa via,  
¿Cuánta noble virtud y honor hermoso!  
Y en mi helada vejez, ¿cuánto reposo!  
»¡Ciega! ¡cuánta mudanza  
En lo que allí soñaba!  
Con Galatea huyó la dicha mia,  
Falleció mi esperanza;  
La luz que me alumbraba  
Se tornó oscuridad, y mi alegría  
Es luto y agonía.  
La amaba, y me ha dejado;  
Me dejó para siempre. Esposo amado,  
Si, alzando de la tumba tenebrosa,  
Vieras el llanto de tu fiel esposa,  
¿Creyeras que á tormento tan agudo  
Dar ocasion tu Galatea pudo?  
»Pudo, pudo.... la insana  
Á su madre abandona.  
Huye, y me deja como vid doliente,  
Que, cuando más ufana  
Riendo se corona  
De opulentos racimos, de repente  
Marcha del Occidente,  
Llega, y cae resonando  
El opaco granizo, y destronando  
Los pámpanos, los frutos, la esperanza,  
El suelo cubre de su atroz venganza;  
Y es la viña infeliz, ya despojada,  
De cuantos pasan con dolor mirada.  
»Mi más querida prenda,  
Única gloria mia,  
Ídolo de mi pecho, hija adorada,  
Mira, mira, esa senda  
Do tu pasion te guia,  
Está de espinas y dolor sembrada.  
¡Oh madre infortunada!  
¡Oh jóven sin ventura!  
¡Oh cuánta pesadumbre y amargura  
Te sigue! Abandonada de tu amante,  
Sin madre, sin virtud, en un instante  
Verás crimen, verás remordimiento  
Donde hallar esperabas el contento.  
»Guárdate, miserable;  
Que el cielo omnipotente  
Vengó el desprecio y paternal afrenta,  
Por siempre inexorable.  
¿Quién sabe si al presente  
El Sér eterno tu castigo intenta,  
Y la espada sangrienta,  
Envuelta en muerte y llanto,  
Contra tí va á esgrimir? Deten, oh santo  
Señor, el golpe funeral. Espera,  
En mí se cebe tu venganza fiera;  
Me ofendió y la perdono. ¡Ay hija mia!  
Vuelve ya, vuelve á la que amaste un dia.  
»Pon fin á su amargura,  
Torna á tu madre amante,  
O la harás para siempre desdichada,  
¿Temerás, por ventura,

En mi airado semblante  
Mi recelo y tu fuga ver pintada?  
No, no; que más amada  
Serás que nunca has sido.  
No hallarás sino amor y eterno olvido  
De cuanto fué.... No vuelve. ¿Así dilata  
El arrepentimiento? Ingrata, ingrata!  
Vendrás, y me verás ya sepultada,  
Y sobre mi tu ingratitud sentada.»

Habiendo el autor, en una función casera de teatro, oído cantar una despedida á una señora, bajo el nombre de *Nice*, con su hermano suyo, bajo el nombre de *Tirsis*, hizo en su elogio la siguiente

## ODA.

Tente, tente, crüel. ¿Así te alejas,  
Tirsis ingrato, de tu Nice amada?  
¿Así, cerrando el insensible oído  
A sus ardientes dolorosas quejas,  
Huyes, y en aflicción desesperada  
La abandonas? ¿Será que fementido  
Anegues en dolores  
Un alma que te dió tantos amores?  
En vano escuchas tu infeliz dureza  
Con el destino que á partir te obliga:  
Amor y sólo amor; no hay más destino  
Para quien supo amar. Si la riqueza,  
Si la sed ambiciosa te fatiga,  
Si gloriosa te llama á su camino  
La ensangrentada guerra,  
Pate y siembra de llanto la ancha tierra.  
Que Nice, ¡ay triste! á su dolor rendida,  
Sola en el mundo, en congojoso llanto,  
«Tirsis, mi Tirsis», clamará doquiera,  
Y no será de Tirsis respondida.  
¿Ay duro Tirsis! ¿dónde estás? en tanto  
Que bu cas anhelante esa quimera  
Que la ambición te inspira,  
Nice te nombra y por tu amor espira.  
Morirá, morirá, si es que resiste  
Tu ingrato pecho al doloroso acento  
Con que te llama á su amoroso lado.  
¿Con qué vehemencia te recuerda, triste,  
El tiempo en que tu solo pensamiento  
Era tu Nice! ¿Tiempo afortunado,  
De paz y de alegría!  
¿Bello por siempre cuando amor quería!  
¿Cuán elocuente su semblante mudo  
Te pinta su dolor! Su hinchado pecho  
Hierve, y hondos suspiros exhalando,  
Ata su voz con invencible nudo.  
Su planta tiembla. En lágrimas deshecho  
Su demudado rostro, va buscando  
En el tuyo su suerte.  
¿Ay! tu separación será su muerte.  
Apílate, crüel: ¿ves cuál te tiende  
Las tiernas palmas y tu cuello enlaza  
Y te estrecha en su pecho enamorado,  
Y más y más en su pasión se enciende,  
Y otra vez torna y á su Tirsis abraza,  
Diciéndole en acento desmayado  
Su lengua lastimera  
Que te abraza otra vez y luégo muera?  
Le deja, y clava en el piadoso cielo  
La turbia vista, ya desencajada,  
Y clava su aflicción. No hay en la tierra  
Quien pueda mitigar su desconsuelo;  
No hay más que un Tirsis, que ahora abandonada  
La va á dejar. Cuanto anchuroso encierra  
El orbe de hermosa  
Es para Nice luto y amargura.  
¿Qué haces, Tirsis! detén tu labio triste,  
No pronuncie jamás la voz temida  
De la separación, que es voz de muerte  
Para el sensible amor.... ¡Crüel! ¿qué hiciste?  
Ya resonó en tu lengua aborrecida  
El inhumano «adios», que á nunca verte  
Condena á la infelicidad!  
¿Qué! ¿el postrimero adiós lanzaste á Nice?  
Vuelve, Nice; no irá, ya su partida  
Desecha con horror.... En vano, en vano

La intento recobrar: pálida, helada  
Del sudor de la muerte acometida.  
El sepulcro la espera.... ¡Insano, insano!  
¿Dónde pierdes mi mente enajenada?  
El telón ha caído....  
Tirsis, Nice, volved: ¿dónde habeis ido?  
¿Y fué todo ilusión! ¿Y el sentimiento  
Que mi agitado pecho acongojaba  
Fué sombra y nada más! No; es verdadera  
La Nice que cantó; cierto el tormento  
Que su sensible corazón probaba  
En el terrible adiós; ni ¿quién pudiera  
Con un mentido canto  
Mandar al alma la aflicción y el llanto?  
Amable Nice, tierna, generosa,  
Que con el fuego que en tu pecho ardía  
Abrasaste las almas que te vieron,  
¿Cuánto tesoro de virtud hermosa  
En tu llanto y dolor se descubría!  
Los santos cielos sobre tí quisieron  
De un corazón humano  
La ternura verter con larga mano.  
¡Vive, Nice feliz, vive dichosa,  
A par de los deseos de un amigo  
Que ama tu corazón! Y, madre tierna,  
Hija obediente, enamorada esposa,  
¿Que de tu sombra al maternal abrigo  
Creczan tus hijos, conservando eterna  
Adentro en su alma pura  
La virtud de su madre en su ternura!

## TRADUCCION DE LA ODA DE HORACIO,

5.º del libro III, que empieza: *Cælo tonantem, etc.*

Álzase Jove, y á su augusta planta  
Truena el Olimpo retemblante. ¡El cielo  
Es el trono del dios! pronuncia Augusto,  
Y á Britania y á Persia omnipotente  
En el imperio encierra.  
¡César, César es Dios sobre la tierra!  
¿Osó de Craso el criminal soldado  
La hacha encender á un bárbaro himeneo?  
Y.... ¡oh patria! ¡oh corrupción! ¡pudo el romano  
Encanecer de un suegro en las cadenas,  
Postrándose ante el solío  
De un rey Medo, á la faz del Capitolio?  
¿Qué fué su toga, su renombre y templos?  
Tú lo previste, ¡oh Régulo que hollando  
Factos infames, ante el ara augusta  
De la posteridad sacrificaste  
Con virtud despiadada  
La juventud romana cautivada.  
«Yo lo vi, yo lo vi, dijo, encorvados  
En los púnicos templos los pendones  
É incruentas espadas que el guerrero  
Arrancar se dejó! Yo vi en las libres  
Espaldas, entre lazos,  
Los ciudadanos retorcidos brazos!  
«¿Viste ya patentes las herradas puertas  
De los contrarios, y en triunfante gozo  
Romper su arado los tranquilos surcos;  
Los surcos ¡ay! de nuestra gloria llenos,  
Que en más felices horas  
Talaron nuestras armas vencedoras.  
«¿Será que el oro de su vil rescato  
Haga más fuerte al campeón esclavo?  
Le hará más vil y engendradora de infames;  
Que nunca, tinta, su color nativo  
La lana ha recobrado,  
Ni su virtud el pecho amancillado.  
Cuando luce la cierva, desprendida  
De la nudosa red, será brioso  
El militar que al pérfido enemigo  
Confió su salud, ¿En nuevas lides  
Podrá temblar Cartago  
Su vencimiento y funeral estrago  
«De los brazos que en hierros ponderosos  
El miedo de morir ató cobarde?  
Buscando vida sin saber dónde estaba,  
A paz forzaron el combate. ¡Oh mengua!  
¡Oh gran Cartago, alzada

Sobre el baldón de Italia destrozada!»  
Dijo; y del beso de su casta esposa  
Huyó, cual siervo, y de sus tiernos hijos;  
Y en torvo ceño, el varonil semblante  
Fijó en la tierra, en tanto que afirmaba  
Al dudoso Senado.  
En su consejo atroz nunca imitado.  
Parte veloz á su destierro ilustre,  
Entre el llorar de la amistad, que lejos  
Ve los tormentos que el sayon le guarda.  
El no tiembla y los ve; marcha, y en torno  
Rompe su brazo fuerte  
El pueblo que mediaba entre su muerte.  
Bien cual si huyendo la estruendosa Roma  
Y el cargoso velar en la fortuna  
De sus clientes, á rendir marchase  
A la rústica paz amables cultos  
De calma y de contento  
En los campos hieles de Tarento.

## Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿Qué fogoso volcán amenazando  
Hierve en mi corazón, que en paz dormía,  
Bien como en el abismo hondi-tronante  
Del Etna cuando brama y humeando  
Va á romper? Tente, tente, fantasía,  
¿Dó me arrastras? Perdona; mi sonante  
Cítara suspendi; mi labio mudo  
Para siempre olvidó la voz del canto.  
Y ¿cómo he de cantar entre el espanto  
Con que Marte sañudo  
En rencorosa guerra  
Muda en sepulcro la anchurosa tierra?  
¡Oh Pirineo! ¡Oh campos de Gerona!  
¿Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja  
De esta escena crüel de sangre y lloro,  
Do el fratricidio la discordia abona,  
Donde es muerte el honor? ¡Ay! ¿cuál refleja  
El acero infeliz los rayos de oro  
Del sol vivificante! ¿Cuál rechina  
El carro horrible do el cañon sentado  
Va de viudez, y de orfandad preñado!  
¿Cuánto llanto y ruína  
Y sepulcro está abriendo  
Del trémulo tambor el ronco estruendo!  
Tened, crüeles. ¿Contra quién esgrime  
El duro hierro la insensata mano?  
¿Dó está la humanidad, el don divino  
Que en nuestras almas, al nacer, imprime  
La natura? ¿Perezca el inhumano  
Que el feroz ministerio de asesino  
El primero ejerció! ¿Que el hondo averno  
Trague hasta el nombre del que alzó malvado  
Altos al valor ensangrentado,  
Y de laurel eterno  
Ciñendo su cabeza,  
Dijo: «¡Sea virtud la impía dureza!»  
Hirió su voz de Jérges el oído,  
Que, el escudo batiendo con la lanza,  
La guerra ordena al hijo del Oriente.  
En la ilusión de su altivez dormido,  
Sueña que el universo á su pujanza  
Ya inclina con temor la esclava frente.  
Marcha, triunfa; de Esparta en los leones  
Da, cía, los rodea, caen rugiendo,  
Y su rugir Temístocles oyendo,  
Mueve al mar sus pendones,  
Y allí, la diestra alzada,  
Tumba de toda el Asia fué su espada.  
¿Huyes, oh Jérges? ¿Tan opimo fruto  
Te valió tu venganza lisonjera?  
¿Huyes? ¿Adónde huirás? ya se adelanta  
A recibirte en doloroso luto  
Asia; y ¿qué fué mi juventud guerrera?  
Te pregunta. Mis campos, do levanta  
El abrojo su frente ignominiosa,  
Piden los brazos donde en paz amiga  
Su sien posaba la materna espiga.  
La amante lagrimosa  
Busca á su amor, no le halla;

Que, polvo yerto, para siempre calla.  
«Hijo adorado, en mi vejez odiosa  
Único ¿uerto de mi ingrata suerte!  
Desamor, soledad, ¿ésta es la herencia  
Que me vuelven de tí? Noche afrentosa  
De mi himeneo, en que el amor fué muerto,  
¿Jamás seas!.... exclama en la vehemencia  
De su hondo pesar la anciana madre,  
Mientras la viuda, en lágrimas deshecha,  
Los huerfanitos en su seno estrecha;  
Y, la mente en su padre,  
Mil futuros temores  
Flechan su corazón con mil dolores.  
«Tú me arrancaste con tu infanda guerra  
Mi laboriosa paz y mis amores,  
Entregándome al hambre y las maldades.  
Y ¡oh cuánta sangre en mi domada tierra  
Por tí veo correr! Por tus furoros  
Vuela entre victoriosas mortandades  
Contra mí el macedon, y me saquea,  
Y á su muerte.... ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impío,  
Vuelve mis hijos al regazo mio;  
Mis hijos de Platea,  
Crüel, torna al momento,  
Tórname mi virtud y mi contento.»  
El Asia dijo; y aún su voz ahora  
Desde el horror de sus desiertos clama  
Por su sangre inocente. Oid, hispanos;  
La madre España á sus lamentos llora,  
Y con su ejemplo á la concordia es llama.  
¿Será que vuestros pechos inhumanos  
Resistan á su voz, que religiosa  
Repite sin cesar que no hay ventura  
Sin virtud, ni virtud sin la ternura  
Y la unión amistosa,  
Adonde en ara santa  
Feliz beneficencia se levanta?  
¿Falte la tierra al que á su mismo hermano  
Persiga en su enemigo! Unid los bueyes,  
Oh vírgenes del campo lagrimosas,  
Que vuelve su señor. Con diestra mano,  
Pues amor dictará sus dulces leyes,  
Tejed guirnaldas de azucena y rosas.  
Madres sensibles, vuestro amargo llanto  
Truéqueso ya en placer y regocijos,  
Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos  
Tornan: sí, que el espanto  
Va á cesar de la guerra,  
Y en mieses de oro se ornará la tierra.  
¡Júbilo, salvación! ¡oh cuál se inunda  
Mi espíritu en placer! ¿Ois que clama  
«Paz, paz» el Pirineo ensangrentado?  
Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda  
Con sus hojas? La trompa de la Fama  
Toda es paz, y á su són llora, abrazado  
Del galo, el español, y maldiciendo  
De la guerra y sus bárbaros horrores,  
En amistad convierten sus rencores.  
Los oye, y brama huyendo  
La Discordia sangrienta,  
Y en la oscura Albión su trono asienta.  
¿Dó estáis, pastores, que el silencio amado  
De los montes dejasteis al ardiente  
Estruendo del cañon? Volved tranquilos  
A sus antiguos reinos el ganado,  
Señoread las selvas do, inocente,  
A las plácidas sombras de los tilos  
El amor sus misterios os confía.  
Desechad el temor: del alto cielo,  
Yo lo vi, yo lo vi, que en raudos vuelos  
Alma paz descendía,  
De espigas coronada,  
De genios y de musas rodeada.  
Saludadla, cantad, hijos de Apolo.  
«Salve, decidla, madre bienhechora  
Del linaje mortal, cándida hermana  
De la santa virtud! De polo á polo  
Rija un día tu mano vencedora!  
¡Salve mil veces, y á la gente humana  
No abandones jamás! ¡Pueda contigo  
Comenzar el imperio afortunado  
De la fraternidad, en que el malvado